

# **EL EXTRAÑO CASO DEL HOMBRE QUE HABÍA OLVIDADO LA MANERA DE PISAR UVAS**

**Por  
Manuel Lozano Tébar**

**Estudiante  
De la Universidad Nacional de Educación a Distancia**

En un primer momento, tal vez llevado por ese ímpetu que es consustancial a la juventud y motivado por las ansias de trabajo que presiden las primeras realizaciones profesionales, la tarea de ordenar el archivo del doctor Salazar me pareció una labor que podía calificar, cuando menos, de apasionante. Ante mí, recién salido de la facultad y pletórico de ganas por abrirme camino en el no siempre fácil mundo de la medicina, se abría en todo su esplendor la memoria documental del eminente psiquiatra, el registro de todos aquellos casos que Pedro Antonio Salazar había atendido a lo largo de su dilatada y exitosa carrera profesional. Un verdadero filón llegado a mis manos justo en el momento preciso, cuando el transcurso del tiempo permitía sacar a la luz el contenido de todos aquellos historiales y en el que ya vislumbraba no solamente el texto de mi futura tesis doctoral sino también la sonada publicación médica del año, un voluminoso libro editado en cartoné para el que había imaginado incluso el título: *Práctica de la psiquiatría en la España de inicios del siglo XX. El archivo Salazar*.

No tardé mucho, para contrariedad de mis intereses, en toparme con una realidad bien divergente de aquellas iniciales expectativas con las que había llenado mi cabeza de ilusiones investigadoras. En efecto, el fondo documental del eminente doctor se encontraba abarrotado de casos. Infinidad de ellos entre los que incluso pude hallar rastro de prestigiosos nombres de la época, ilustres personajes de la historia de España que habían pasado en uno u otro momento por el gabinete de Salazar. Sin embargo, ninguna de aquellas historias resultaba en sí misma notoria. Ningún caso destacable por su especial dificultad o características y ninguno, absolutamente ninguno, en el que las soluciones aportadas por el eminente psiquiatra se hubieran apartado lo más mínimo de las respuestas ofrecidas por la ciencia de la época o constituyesen innovación del menor tipo. Conforme iba avanzando en la clasificación de expedientes comenzaba a hacerme a la idea — desoladora idea para mi afán de doctorando— de que todo aquel trabajo no acabaría sirviendo sino para el poco loable trabajo de criba administrativa y que la mayoría de los envejecidos papeles que uno a uno terminaba de revisar no tendrían otro destino que la destructora de documentos.

Así hasta el día en el que en uno de los archivadores de cartón en los que la Fundación Salazar había enclaustrado los papeles del médico encontré una carta dirigida al psiquiatra y remitida por quien afirmaba ser Fernando Villamayor, médico en la población manchega de Socuéllamos. Con aquella letra puntiaguda tan característica de las caligrafías de inicios del siglo pasado el doctor Villamayor sometía a consulta de su colega especialista un caso surgido en su clínica rural. Un caso de octubre de 1912 —según la fecha estampada en la parte superior de la misiva—, presentado de forma comprimida sobre el ya amarillento papel de la carta y que vino a cambiar la percepción que hasta entonces podía tener yo de los insustanciales casos atendidos por Salazar.

*Estimado doctor:*

*Me permito por la presente recurrir a usted en busca de orientación acerca de un paciente cuyo caso se ha presentado no hace mucho en mi consultorio y del cual confieso no tener la menor idea sobre el diagnóstico ni, por tanto, sobre el tratamiento que debería ser aplicado. Soy plenamente consciente de lo preciado de su tiempo, al igual que conozco también el enorme prestigio que usted tiene en su campo y el interés que siempre ha mostrado en lo que se refiere a las extrañas afecciones de la mente. Motivo este último por el cual creo que el caso le puede interesar hasta el punto de compensar, sin lugar a dudas, la pequeña dedicación que le solicito.*

*El paciente en cuestión, varón de algo más de treinta años, es un agricultor residente en la misma localidad de Socuéllamos en la que presto mis servicios como médico. Viticultor, a más abundancia de datos, con la expresión de que este aporte sobre la ocupación del afectado, que tal vez usted juzgue irrelevante en principio, no lo es tanto a la luz de la patología ciertamente curiosa que presenta el caso. Lo cierto es que B., pues así referiré en lo sucesivo a mi paciente, presenta un llamativo cuadro de amnesia circunscrita —y he aquí lo extraño del asunto— a una exclusiva función física relacionada con su trabajo: llegado el momento de elaborar el vino, una vez que las uvas han sido recogidas de la viña y llevadas al lagar, en ese preciso instante en el que corresponde dar comienzo al pisado, B. resulta absolutamente incapaz de realizar el menor movimiento con sus*

*piernas. Como si hubiera olvidado por completo la sencilla mecánica de pisar sobre las uvas o no tuviera la menor idea de qué hacer en tal situación. Una parálisis de tal gravedad que ni siquiera, y eso es algo que yo mismo he comprobado con mis propios ojos, es capaz de imitar los gestos de quienes se han situado junto a él, a quienes pregunta constantemente acerca del qué hacer o para qué están allí. Y eso que mi paciente, hombre voluntarioso y trabajador como la gran mayoría de los agricultores manchegos, pone todo su empeño en realizar la labor, procurando mediante torpes y descoordinados movimientos seguir la rutina indicada. Cabe señalar que B., hombre nacido y crecido en esta adusta tierra que es La Mancha, hijo de agricultores y dedicado desde siempre a este negocio —en estos lares la vid es prácticamente el único regalo que nos ha dado el cielo y casi todo el mundo aquí termina por ser necesariamente maestro en el arte de Baco— ha realizado esta misma tarea en infinidad de ocasiones. No ha sido sino hasta hace poco que ha experimentado la problemática que le refiero.*

*Le supongo al tanto, estimado doctor, de los mecanismos utilizados para la elaboración del vino, al menos en sus aspectos más básicos, e imagino que puede usted hacerse cargo de la extrañeza de la situación que describo, a la vista de una incapacidad tan radical para asunto puramente mecánico como es el de pisar sobre la cuba. Más todavía cuando el hombre, instantes antes de subirse al recipiente de madera en el que se procede a dicho trabajo da extensas explicaciones de lo que va a hacer para seguidamente, nada más instalarse en el receptáculo y verse obligado a pisar, entra en su peculiar trance amnésico del que no sale hasta abandonar la cuba. Momento en el que recupera, milagrosamente, la memoria y conciencia. No se trata de un problema físico, dado que la movilidad de mi paciente, de sus piernas, es absoluta, sino de un caso de amnesia aguda, de total bloqueo en esa concreta situación. Porque en lo que se refiere al resto de actividades, al resto de labores necesarias para transformar la uva en vino, no existe en B. la menor problemática ni atisbo de dificultad o pérdida de memoria. Participa como el primero en la vendimia, recorriendo los surcos y cortando racimos o acarreando esos pesados capazos de esparto con que aquí se transporta la uva recolectada, sin que su cuerpo se resienta más allá de la*

*fatiga connatural a tan duro trabajo. Hombre recio, de sana naturaleza, pocas veces lo han visto quejarse pese al abrumador sol que en estas tierras suele acompañar el tiempo de la vendimia. Al igual que luego, una vez iniciadas las operaciones de fermentación y envejecido, es constante en las afanosas tareas de trasegar el líquido entre las diversas tinajas y envases por las que se le hace pasar hasta obtener los buenos vinos, blancos o tintos, que dan nombre a mi tierra. En todos esos trabajos B. se aplica con envidiable esfuerzo y —por qué no decirlo— pericia. Es únicamente en el momento antes dicho de pisar la uva cuando surge ese olvido, el total bloqueo de mi paciente, que someto a su consideración, mi estimado doctor Salazar.*

*Siendo como es usted un hombre de notable cultura y educación, no le será ajena la importancia que para B., para cualquier viticultor en realidad, tiene el caso. La forma terrible en la que el problema afecta a quien subsiste, casi exclusivamente, de la elaboración del vino y que se ve imposibilitado para llevar a cabo una de las operaciones fundamentales en su modo de vida, el pisado de esas uvas cencibel —tal y como aquí llaman a lo que otros denominan tempranillo— en las que pone la esperanza del sustento familiar. Esperando que pueda usted dedicar una pequeña fracción de su tiempo a este asunto y aguardando su docta opinión, sin duda más experimentada en estos temas que la mía, reciba el cordial saludo y agradecimiento de este su colega.*

*F. Villamayor.*

*P.D. Remito junto a esta misiva, y con los mejores deseos de mi paciente hacia usted, un par de botellas de vino de la tierra, elaboradas por el propio B. y seleccionadas de una añada (1907) que él mismo ha creído la mejor de su bodega. Mi paciente y yo mismo esperamos que encuentre el tinto de su agrado.*

Debo reconocer que la carta, el ciertamente extraño caso planteado al doctor Salazar por su colega de Socuéllamos vino a llamar enormemente mi atención. Aunque poco experimentado todavía en la práctica de la psiquiatría, pocos casos de amnesia había encontrado yo en mis estudios y ejercicio médico hasta la fecha que presentaran el nivel de complejidad de aquel, con unos efectos tan localizados que se circunscribían no solamente a una función casi mecánica —ya de por sí

sorprendente— sino también a un momento tan estrictamente determinado. Mentiría si dijera que no ardía de ganas en aquellos momentos por saber más del caso, por conocer si finalmente Salazar había accedido al estudio y desde qué óptica habría enfocado la terapia el famoso galeno o los resultados obtenidos, de modo que, apartándome por un instante de la sistemática catalogación de expedientes a la que me había aplicado hasta entonces, aprovechando aquella intimidad y libertad de acción que me daba mi posición de becario en el instituto médico, centré mis esfuerzos en localizar cuanta información sobre el caso se hallara en el resto del archivo de Salazar.

Un par de días después, terminada mi revisión de los historiales en busca de alguno que respondiera a las características de B., tuve que rendirme, nuevamente y para mi cada vez más consolidado desaliento, a la constatación de que entre aquella extensísima colección de historias clínicas no iba a encontrar nada de lo que me proponía encontrar al respecto. Desde luego, si Pedro Antonio Salazar se había ocupado del caso no había dejado constancia alguna de su intervención o tal vez aquel expediente en concreto se había perdido a lo largo del tiempo, que también podría ser; ya se sabe de la facilidad con la que los papeles se extravían en los archivos, más todavía cuando ha transcurrido prácticamente un siglo de idas y venidas por medio. Lo cierto es que, de una u otra manera, olvidé el asunto, por prometedor que me hubiera parecido en un inicio, y volví a mi rutinaria tarea de clasificar documentos y sistematizar resúmenes estadísticos acerca de las diversas patologías trabajadas por mi médico de inicios del siglo pasado. Labor de la que, todo sea dicho, comenzaba a estar cada vez más hastiado.

No fue hasta pasadas unas semanas cuando el extraño caso del viticultor de Socuéllamos volvió a presentarse ante mí, esta vez en forma de copia al carboncillo de una carta enviada por el doctor Salazar a su colega manchego. Un escrito en el que quedaba certificado que el asunto, desde luego, no había pasado desapercibido al prestigioso psiquiatra en cuyo archivo andaba yo hurgando.

*Mi apreciado doctor Villamayor:*

*Le transmito mediante este escrito el gran interés suscitado por el caso que usted me remite.*

*Se trata ciertamente de un asunto de la mayor extrañeza que, le puedo asegurar, estoy estudiando*

*de forma detenida. No deja de ser curioso un cuadro de amnesia como el que me comenta, con unas características tan particulares y, a decir verdad, nunca hasta ahora había encontrado una patología similar ni en mi experiencia personal ni en los estudios de cualquier colega que haya podido leer.*

*Si no existe obstáculo por parte suya ni por la de su paciente, estaría encantado de poder viajar hasta Socuéllamos y examinar a B. personalmente. Soy de la opinión de que este caso, aunque complejo, responde a una alteración del inconsciente que tal vez, con los medios adecuados, quizá con cierto tratamiento hipnótico, podríamos sacar a la luz provocando la curación del paciente. Espero sus noticias para organizar mi viaje en cuanto me sea posible.*

*Por otra parte, les agradezco el envío de las dos botellas de vino. He descorchado la primera de ellas y no puedo sino manifestar mi profundo agrado con el caldo que elabora su paciente, un tinto ciertamente exquisito, con unas cualidades que, francamente, son complicadas de encontrar en otros vinos usuales hoy día por Madrid. Ciertamente, si B. ha sido capaz de crear este maravilloso vino, es obligación inaplazable para nosotros conseguir el retorno a la bodega de un genio de tal calibre. Es tal la sensación producida por el vino que, puede creerme, ardo en deseos de comenzar la segunda botella y volver a disfrutar del aroma profundo y, sobre todo, de ese gusto alargado que deja en el paladar una vez ingerido. Pero por mucho que sea mi deseo, vamos a hacer otra cosa, mi querido colega: si le parece, esperaremos a que B. esté sano —lo que no dudo que ocurrirá en breve, tal es mi confianza en las técnicas que le indicaba antes— y descorcharemos entonces juntos la botella para brindar por nuestro éxito. Entienda esta promesa como un halago y un aliciente. Halago a la labor de B. y aliciente para mí mismo, ya que contemplar tan preciado líquido en la botella, sin poder abrirla, no hace sino estimular mi deseo de curar a su paciente lo antes posible.*

*Esperando sus noticias, reciba un saludo de este su colega y servidor.*

*Pedro A. Salazar*

Ahora sí, aunque semanas después de haber hallado la epístola inicial, tenía en mis manos la certificación de que el asunto planteado por Villamayor, el extraño caso del hombre que había olvidado cómo pisar uvas, que era el título que para mi uso personal había dado yo al curioso expediente, había merecido la atención del doctor Salazar. Una prueba documental de la intervención en tan llamativo caso de quien perfectamente podría ser el mejor especialista en psiquiatría de su época y que dotaba al tema de una relevancia de incalculables proporciones. Con el pulso todavía acelerado por aquel encuentro comencé a vislumbrar nuevamente un horizonte editorial en el que me veía, cuando menos, como autor de un artículo de cierto tirón en alguna de las numerosas revistas de medicina psiquiátrica que pululaban en el mundo académico por el que yo me movía. Con aquel tema ciertamente llamativo y la presencia estelar en el asunto del doctor Salazar no dudaba yo de que más de una publicación estaría encantada de acoger en sus páginas mi trabajo, de eso estaba seguro. Aunque para ello, claro está, primero tenía que existir dicho trabajo y la condición imprescindible para tal cosa pasaba por encontrar el resto de documentación sobre el caso. Una documentación de la que no había el menor rastro en todo el archivo por más que yo intensificara mis tareas de búsqueda.

Convencido finalmente de que en aquel espacio al que se limitaban mis dominios, los apenas quince metros cuadrados del archivo, no iba a ser capaz de encontrar nada más que me permitiera avanzar en la investigación decidí dar un paso más y comunicar al director de la fundación mis pesquisas. Albergaba la esperanza de que quizá, solamente quizá, en algún otro lugar existieran más historiales o papeles del psiquiatra no depositados en mi ya explorado almacén y que de acceder a tal material pudiera encontrar ahí nuevos caminos para avanzar en la labor indagatoria que me había propuesto. En cierto modo, averiguar el modo en el que Salazar había abordado el caso, su manera de lograr la curación de aquel B. aquejado de tan extraña afección, se había convertido en una especie de obsesión personal que excedía ya con mucho a los fines académicos iniciales. Una morbosa curiosidad que me resultaba perentorio satisfacer. De modo que, pertrechado con una carpeta en la que había depositado los escasos indicios de los que disponía, que en realidad se

reducían a las dos cartas cursadas entre los médicos, me planté una buena mañana en el despacho de dirección presto a dejar expedita la única vía que me restaba. Confiaba yo en suscitar en los rectores de la institución al menos una parte de la curiosidad que a mí me había invadido y que, ofreciéndoles en bandeja el hecho de poder averiguar la resolución dada por Salazar a un caso tan extraño y complicado, alimentando con ello la exitosa fama del eximio doctor —de quien se decía que jamás había fracasado con paciente alguno—, quedase abierta para mí la opción a seguir buceando en otras aguas distintas a las del archivo.

El despacho del director, considerablemente más espacioso que el cubículo en el que hasta entonces había venido yo trabajando, venía a ser una especie de memorial del insigne médico que daba nombre a la fundación, repleto hasta más no poder de referencias a Salazar en forma de fotografías, diplomas y enseres de todo tipo que, de una u otra manera, tenían que ver con el doctor y con su obra. En otras ocasiones, no demasiadas a decir verdad, había estado yo antes en aquel espacio, aunque no recordaba de las anteriores visitas el objeto expuesto en una de las vitrinas laterales y que captó mi atención esta vez. Una vieja botella de vino en cuya etiqueta, ya descolorida por el paso del tiempo, se adivinaba más que leerse la inscripción escrita a mano. «Benito García. Socuéllamos. Cencibel, 1907».

—Pertenebió a Don Pedro Antonio —me dijo el director con una sonrisa al notar mi interés por la botella, la manera en la que, paralizado ante la vitrina, contemplaba yo el añejo envase sintiendo arder la carpeta con los documentos en mi mano—. Por lo que fuera, que no lo sabemos, el doctor nunca la abrió en vida. Y nosotros, por supuesto, tampoco lo vamos a hacer a estas alturas, ¿no cree?